

ESPAÑA E IRAN

El contacto de Europa con Oriente comienza propiamente durante las Cruzadas. Y de ellas estuvo ausente España porque, como San Fernando dijera, «para moros ya tengo bastantes en España».

Pero, a cambio, España tenía un conocimiento práctico del Oriente, porque sus formas de vida habían llegado con los invasores árabes.

En resumidas cuentas: mientras el resto de Europa había ido con las Cruzadas a Oriente, España había recibido en casa al Oriente hacía ya tres siglos.

En todo caso, el contacto de España con Oriente era esencialmente vital, mientras Venecia, el Imperio e incluso Francia tenían relaciones de carácter más superficial, periférico, accidental e incluso comercial, como era el caso de las repúblicas italianas. España, pues, constituía un fenómeno único en Europa, pues venía a ser una forma periférica del Oriente establecida en el límite occidental de las tierras conocidas del viejo continente.

Una postura hasta cierto punto similar era la de Persia en relación con el mundo árabe. Como España, era un país ajeno, racial, lingüística y religiosamente, al mundo musulmán y aunque se islamizó—si bien con ciertas peculiaridades intrínsecas— conservó siempre características especiales que le permitieron, como a España, separarse de la órbita del Imperio abasida y formar también una especie de forma periférica del islamismo.

Separadas por la pleamar árabe, España y Persia se ignoran durante milenios. No importa que los árabes nos traigan literatura, tejidos, porcelanas, miniaturas y alfombras que, bajo capa de productos árabes, son la aportación persa al acervo cultural español del Medioevo. No importa, porque la España receptora ignora la fuente de procedencia de aquellas manifestaciones artísticas. No importa, porque España desconoce la existencia del ente político persa. España y Persia, aisladas entre sí por el mundo árabe, se desconocen.

Un día, cuando ya casi toca a su fin la fragmentación política de España,

hordas extremoorientales, salidas de los desiertos de Mongolia, llegan hasta el Mediterráneo para contemplarse atónitas en las espejeantes aguas de la civilización. Y aunque amenazan invadirlo todo y parecen disponerse a llegar cual nuevo Atila hasta los campos de Chalons, su fuerza expansiva se ha agotado y el centro de su imperio no puede pasar más acá del Caspio.

Y Castilla, que se siente joven y plétórica de fuerza, decide establecer contacto con el jefe mongol para amenazar así por la espalda al mundo árabe. De esta manera sale de Sevilla la primera embajada oficial hispánica hacia Asia. Al frente de ella, Clavijo atraviesa desiertos y barreras montañosas, torrenteras y oasis para llegar a entregar los presentes del Rey castellano al soberano oriental, a las puertas de Samarcanda.

Durante su viaje atravesó dos veces casi toda Persia, de Oeste a Este y de Este a Oeste. A su regreso, España quedaría enterada de la existencia real, y no legendaria, de la tierra de los aquemenidas.

Pasaron los años y en el Imperio español no se ponía el Sol, mientras en Isfahan ocupaba el trono Safavida Shah Abbas, que mandó una nutrida Embajada a visitar al monarca español, retribuyendo así, con siglos de retraso, la visita de Clavijo. Por cierto que algunos de los miembros de la tal Embajada se convirtieron al Catolicismo y, abandonando al Emperador, se quedaron en España y uno de ellos, con el nombre de Juan de Persia, componía un relato del viaje y de la visión de Occidente por un oriental, libro que aun hoy se lee con deleite.

Pero el descubrimiento de las rutas marítimas a Extremo Oriente y la decadencia española aislaron de nuevo a los dos países. Como recuerdo de los viejos contactos sólo queda en Teherán un viejo cañón español que ostenta las armas de don Felipe II y que debió ser botín de guerra cuando las fuerzas persas se apoderaron de Ormuz, que había sido una isla española durante los años de la unidad ibérica.

Persia quedó aislada durante largos años. Apenas si, de cuando en cuando, aparecía alguna fabulosa embajada por los salones de Versailles; apenas si franceses e ingleses se hacían presentes en los salones de audiencias del Golestán para atraer a Fat Alí Shah a la esfera de Napoleón o la de sus adversarios, como cuenta en su *Hadji Babá* Du Murier, el diplomático inglés testigo de los hechos que narra. Pero la estrella española estaba demasiado baja en su trayectoria para que embajadores de nuestro país se aventurasen por el altiplano iraniano.

Hasta que a principios del siglo XX un ministro plenipotenciario llegó para representar a don Alfonso XIII en Teherán, donde permaneció hasta 1919.

Durante la primera guerra mundial, el Irán permaneció, como España, neutral. Pero colindante con Rusia y Turquía, potencias beligerantes y enemigas entre sí, el indefenso territorio iraní sirvió pronto a los ejércitos zaristas de camino natural para la invasión de Turquía. Hasta 1917 Rusia consiguió mantener la iniciativa frente a Turquía y una apariencia de tranquilidad en el territorio iraní que utilizaba. Pero con la revolución bolchevique, la fuerza zarista se desmoronó y los soldados, desmoralizados, del frente turco abandonaron las armas para regresar a sus pueblos. En su persecución se precipitaron las fuerzas turcas, compuestas en gran parte de feroces kurdos, que aprovecharon el vacío dejado por los soviets para invadir el territorio iraní. La tradicional animosidad de los kurdos hacia sus vecinos se tradujo en una espantosa serie de asesinatos, dirigidos muy especialmente contra los cristianos del Adzerbeidjan, entonces la zona más densamente evangelizada, cometiendo brutalidades sin cuento, a las que los aliados de Rusia no podían oponer ninguna resistencia.

Enterado el Gobierno de Madrid de la triste situación y con el beneplácito de las autoridades de Teherán, autorizó al ministro que se encontraba al frente de nuestra Legación en la capital iraní para nombrar un vicecónsul que tratara de salvar lo salvable en nombre de España. El nombramiento recayó en el lazarista holandés P. Franzen—que yo sepa nunca ha sido el Irán territorio de misiones españolas, a la sazón director de un asilo de ancianos en Tabriz. Enarbolando la bandera española, el P. Franzen recorrió las orillas del Lago Urmia, impidiendo, con su presencia y la autoridad de Vicecónsul de España, la comisión de no pocos delitos, salvando a numerosos infelices de la triste suerte que les hubiera correspondido sin la oportuna presencia del lazarista y el respeto que inspiraba el país cuya representación ostentaba. Y sólo porque le faltó el don de la ubicuidad es por lo que no pudo evitar la tremenda carnicería de Rezaí, donde pereció la totalidad de la comunidad católica con el Delegado Apostólico al frente. El P. Franzen solamente llegó con tiempo para rezar un responso a los mutilados cadáveres y proceder a su entierro cristiano.

Más tarde, durante el invierno de 1917 a 1918, las autoridades militares iraníes de Tabriz, temiendo por los feligreses del Vicecónsul de España, le ordenaron que evacuase a sus ancianos a Mianeh. Aquel viaje, a pesar de la ayuda prestada por algunos soldados iraníes, fué una completa catástrofe y sólo un puñado de los que, por un exceso de celo y buena voluntad del Gobernador Militar de la plaza, salieran de Tabriz llegaron con vida a su destino.

Terminada la guerra, y reintegrados a sus puestos los cónsules franceses e ingleses en Azerbeidjan, renunció el lazarista a la misión, para él tan extraña, que le fuera encomendada por nuestro ministro.

En 1954 el Gobierno español otorgó la Encomienda de Isabel la Católica al padre lazarista, premiando así, aunque con muchos años de retraso, una labor abnegada y arriesgada que ha redundado en prestigio de España, cuyo nombre aún se recuerda en los valles del Azerbeidjan con respeto y agradecimiento.

Cuando aquel primer ministro español salió de Teherán, el archivo de la Legación quedó depositado en un cajón precintado en la Legación de Francia. Una vez más en la Historia, España y Persia interrumpían sus relaciones diplomáticas. Pero no las rompían.

Después de la segunda guerra mundial, y gracias en gran parte al avión, Persia entra de nuevo en el concierto internacional. Por eso pudo ser designado, a primeros de 1951, para abrir de nuevo—sin necesidad de previo reconocimiento mutuo—una Legación de España en Teherán.

Desde el primer momento las relaciones pudieron definirse como extremadamente cordiales. El moderno Irán tiene por España el respeto y reverencia que se tienen entre sí dos pueblos que han sido, cada uno en su momento histórico, dueños del mundo. A ello se añade el sentimiento de haber formado parte de un mismo conglomerado político y cultural durante los años de esplendor del mundo árabe, cuando España y el Irán eran las fronteras occidental y oriental del Imperio de la Media Luna. Y sirve de nexo, además, el sentimiento de pertenecer a un mismo bloque político dentro de los que se reparten el mundo presente.

En este sentido, el Gobierno de Teherán ha apoyado siempre las iniciativas españolas ante los organismos internacionales de que ambos países forman parte. Incluso durante los años que duró el gobierno del Dr. Mossadeq, época durante la cual se gestionó y firmó el primer tratado de paz y amistad hispano-iraniano. Por cierto que su publicación sorprendió agradablemente a los diplomáticos occidentales acreditados en la capital iraní, que por aquel entonces temían que el Irán desapareciese un día cualquiera tras la cortina de hierro.

Simultáneamente, un activo comercio contribuía a estrechar lazos y España enviaba tejidos manufacturados a cambio de algodón en bruto y opio con destino a nuestra farmacopea.

Y cuando las circunstancias políticas interiores lo permitieron, la Emperatriz primero, y luego acompañada del Sha, visitaron oficialmente España.

quedando ya establecida con carácter permanente una Embajada del Irán en Madrid, mientras se elevaba de rango nuestra Legación en Teherán.

En los últimos años, un grupo importante de estudiantes iraníes ha completado su formación profesional en España. Por nuestra parte, contamos en la Universidad de la capital iraní con una profesora de español que, becada por las autoridades iraníes, se encuentra perfeccionando sus conocimientos de lengua persa. El Ministerio de Asuntos Exteriores ha puesto a dicha profesora, a través de nuestra Embajada, en posesión de abundante material didáctico de todos tipos con vistas a constituir en su día un posible Centro Cultural Español, al estilo de los que ya funcionan en diversas capitales del Oriente Medio.

Si las tradiciones culturales e históricas sirven de apoyatura a las relaciones cordiales existentes de siempre entre los dos países, hay que buscar en la identidad de puntos de vista internacionales la razón inmediata de la comprensión y colaboración entre Madrid y Teherán. En efecto, el Irán, a pesar de su posición geográfica y de sus dos mil y pico kilómetros de frontera común con la U. R. S. S., es un país occidental, consciente de que su futuro, su independencia y hasta su existencia como Estado dependen de su pertenencia al bloque occidental. En este sentido, los gobiernos de Teherán, a pesar de la debilidad del país frente al colosal vecino, han sabido mantener, gracias a prodigios de habilidad de todo género, su independencia frente a los Zares o frente a los bolcheviques, consiguiendo incluso asestar golpes rudísimos al comunismo dentro del país. Precisamente el Irán, como España, sabe lo que el comunismo dentro de las fronteras propias representa: ocupado todo el norte del país, incluso Teherán, por los ejércitos moscovitas durante la guerra mundial, soviétizaron el Azerbeidjan tratando de separarlo del Irán para incluirlo dentro de la U. R. S. S. como una república soviética más. El Gobierno de Ghavan Sultanech se mantuvo inflexible frente a la presión comunista y la guerra civil, logrando llevar a los soviets a firmar un tratado en el que les prometía acceder a sus demandas. Pero acordaron, además, que para no dar la sensación de que Teherán obraba bajo la presión de las fuerzas militares rusas, éstas evacuarían el país antes de poner el tratado a ratificación en el Parlamento. Y cuando los soviets se hubieron retirado, el Parlamento rehusó el tratado. El Presidente del Consejo presentó la dimisión de su cargo, pero el Irán quedó libre de invasores.

El anticomunismo de los gobiernos de Teherán es una fórmula retórica y el propio Sha viene realizando desde hace años una política agraria de distribución de tierra entre los campesinos—empezando por las propiedades

de la Corona—y de constitución de cooperativas destinadas a mejorar la producción y modernizar la agricultura. Occidente, que se da cuenta de la importancia que para su defensa tiene la amistad del Irán, ha respondido al anticomunismo de Teherán con amplias concesiones de ayuda a través de misiones (Punto IV, préstamos financieros, ayuda militar y a la gendarmería) y concesiones en el terreno de la explotación petrolífera, que permiten al país obtener un mayor beneficio de su inmensa riqueza en carburantes líquidos, si bien la consecución de estos logros ha sido a veces el resultado de peligrosas fricciones con los países explotadores, que no siempre se dan cuenta (o no se la dan las compañías comerciales que los representan) de dónde están sus verdaderos intereses. Precisamente la crisis Mossadeq tuvo su principal raíz en un pleito petrolero que estuvo a punto, por tozudez de los consorcios explotadores, de costar a Occidente un serio disgusto y una pérdida mucho mayor de lo que puede haber representado la concesión a favor del Irán de un mayor porcentaje de beneficio en la explotación común de los yacimientos iraníes.

El Irán, como España, se encuentra en un proceso de industrialización y de explotación intensiva de su potencial riqueza agrícola, mediante la ampliación de los escasos regadíos, la construcción de pantanos y la distribución del agua así conseguida a través de una extensa red de canales.

Para realizar esos planes precisa estabilidad política, que es lo que los comunistas tratan continuamente de alterar para pescar en el río revuelto de la confusión.

Mientras tanto, continúa el país su leal cooperación con Occidente dentro del marco de sus alianzas con Pakistán y Turquía a través del organismo que constituía el antiguo pacto de Bagdad, que viene a ser un apéndice de la NATO, al modo como lo es también la alianza de España con los Estados Unidos.

Su lealtad a su alianza con Occidente deriva, entre otras muchas razones, del hecho de conocer, como lo conoce España, cómo se pagan las complacencias con el Comunismo Internacional.

EMILIO BELADIEZ.